

JUNTA MAYOR
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES
DE LA SEMANA SANTA
DE LEÓN

PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
LEÓN 2011

A cargo de
D. CARLOS AMIGO VALLEJO
Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla

Salón de Actos del Nuevo Recreo Industrial
León, 9 de Abril de 2011





**JUNTA MAYOR
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES
DE LA SEMANA SANTA
DE LEÓN**

**PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
LEÓN 2011**

A cargo de
D. CARLOS AMIGO VALLEJO
Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla

Salón de Actos del Nuevo Recreo Industrial
León, 9 de Abril de 2011

Hasta la Puerta del Castillo llegaba aquel ilustre personaje. Venía atraído por el caminar de tantos y tantos peregrinos que hacían de esta ciudad casa y posada, asilo para los desvalidos, señorío hospitalario que abría las puertas de la caridad de sus vecinos para acoger al romero que se dirigía hacia Compostela. Ciudad llena de nobleza que se reflejaba en monumentos singulares y hermosos: la Catedral dedicada a Santa María, la Basílica de San Isidoro, el Hospital de San Marcos, la Iglesia de Nuestra Señora del Mercado, el Palacio de los Guzmanes, el del Conde de Luna, la muralla con sus destacados cubos... Pero la nobleza que más resaltaba era la hidalguía de sus habitantes y la gala que se hacía de una sólida, profunda y auténtica fe cristiana.

Tan ilustre visitante venía de tierras lejanas, y no pocas eran las contiendas y batallas que había tenido que emprender y librar contra la ignorancia, la desunión, la indiferencia ante las verdades grandes. Cuando en éstos recuerdos estaba, vino a acercársele un hombre, un leonés que aquí vivía y que, con especial gesto cortés, invitó al visitante a recorrer la ciudad, a hablar con sus gentes, a saber de su historia, de sus costumbres, de su tradición y de su misma vida.

- Venga vuestra merced y llegue hasta la Plaza Mayor y recorra las siete calles que en ella confluyen, y podrá conocer historias increíbles de hechos extraordinarios, y embelesarse con el pasar de unas imágenes de una singular devoción y belleza. Déjese contagiar con unos sentimientos llenos de sinceridad y de auténtica devoción.

- Venga vuestra merced hasta la plaza de San Marcelo, pues van a comenzar los “toques” que llaman a este pueblo de León a la Procesión de los Pasos. Oiga el sonar de la esquila, el clarín y el tambor. Escuche la voz que convoca a todos los leoneses para decirles: "Levantaos, hermanitos de Jesús, que ya es hora". Venga vuestra merced a La Ronda, pues estamos en León y celebrando los días más señalados en nuestro calendario: la Semana Santa.

Y así, unidos visitante y ciudadano, van recorriendo un itinerario que entra por los sentidos, pero que solamente se puede comprender cuando se ha recibido de lo alto una iluminación, tan admirable y santa, que tiene como manantial el rostro bendito de nuestro Señor Jesucristo. Por eso, es obligado, ilustre señor visitante, que vayamos primero a buscar la imagen bendita de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de la cofradía del Dulce Nombre, y que sea él, Cristo, la mejor cruz de guía que vaya señalándonos el camino por el que tiene que discurrir nuestra mirada por los misterios con los que nos vamos a encontrar, pues solamente guiados por la cruz sabremos comprender cuanto vaya pasando delante de nuestros ojos. Y si perdemos de vista tan santa insignia, nuestros pasos pueden torcerse y nuestro pie tropezar entre extrañas interpretaciones laicistas.

En Semana Santa

Piense vuestra merced, en primer lugar, que estamos en Semana Santa, dice el anónimo cicerone. La Semana Santa, y cuanto con ella se relaciona, es filón inagotable para las investigaciones y los estudios más diversos: cultura, arte, historia, literatura, música, religiosidad. De todo ello se habla y se escribe. Ahora bien, quien justifica esa espléndida realidad de la Semana Santa no es otra cosa que el misterio de la vida y la pasión de nuestro Señor Jesucristo, la insondable verdad de su muerte y de su resurrección gloriosa. Cualquier desviación de este centro y esencialidad sería, no sólo desvirtuar la realidad y quitarle su significado y esencia, sino, cuando menos, una imperdonable desconsideración con los que creen firmemente en Jesucristo, muerto y resucitado, y veneran con fe al Hijo de Dios.

En Semana Santa los hechos que se relatan son siempre los mismos: el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. La liturgia de la celebración, también se repite. Pero las representaciones exteriores, y lógico es que así sea, expresan las vivencias que corresponden al modo de ser de cada pueblo. Por eso las formas de "decirlo" en León son distintas, aunque los contenidos de la fe sean los mismos que en otras ciudades.

La fe se expresa en un lenguaje vivo y total de palabras, gestos, música, imágenes y costumbres. Con sentido pascual, aunque parezca que predominan los contenidos penitenciales. Vivencia profunda del misterio de Cristo, que se expresa en multitud de títulos cargados de una devoción y sincera: Nazareno, Divino Obrero, Siete Palabras, Perdón, Redención, Expiración, Silencio, Bienaventuranza, Desenclavo, Agonía... En el vivo lenguaje del culto, las imágenes y las procesiones, llevan consigo toda la fuerza del convencimiento religioso, de la fe en Dios y en su hijo Jesucristo.

¿Por qué celebramos cada año la Semana Santa? La respuesta no puede ser más sencilla: los acontecimientos de la vida de Cristo no son simplemente unos hechos históricos de un tiempo pasado, sino presencia ininterrumpida y siempre actual de las acciones salvadoras de Cristo. La Iglesia, los cristianos, no pueden, en forma alguna, olvidar la celebración pascual del Señor. La memoria no es simple recuerdo, sino actualización y vida de cuanto Jesús hiciera en los días de su pasión, muerte y resurrección.

Queremos acompañar a la Cofradía del Santo Cristo del Perdón. Para un cristiano, cada uno de los gestos de Jesucristo, de su vida, no sólo permanecen en el recuerdo, sino que son signos sacramentales, porque expresan la acción redentora de Jesucristo que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Nuestro Dios es el Dios del Perdón. Así nació esta Cofradía, para recordar, “de forma austera y sencilla”, la pasión y muerte de Cristo y ayudar a los necesitados de la parroquia de San Francisco de la Vega.

La Semana Santa, en León, es el gran acontecimiento que se vive todos los días del año. Es que son muchos y de estimados quilates los valores que esconde esta santa celebración. El apego a las tradiciones, el sentido de lo popular, los fuertes arraigos familiares, son elementos comunes que se repiten en uno y otro lugar. El pueblo vive y expresa su fe conforme a su propia idiosincrasia, a su lenguaje, a su forma de ser. La cultura es como el imprescindible vehículo en el cual se expresan las vivencias de los hombres. Pero de ninguna manera se confunde el instrumento con el contenido de la palabra que a través de él se dice.

Ni la fe con la cultura, ni la religión con el folclore. Aunque la vivencia de lo religioso haya dado motivo y ocasión para expresiones culturales ciertamente respetables y bellas.

Todos están llamados a participar en esta bendita fiesta. Así lo quiere decir la Hermandad de Santa Marta y de la Sagrada Cena. A nadie excluimos, todos sean bienvenidos a esta gran mesa de la Pascua de Cristo, pues en ella hay lugar para unos y para otros. ¡Qué signo tan elocuente es el que realiza esta Cofradía! Al finalizar la procesión, el pan que ha estado en la mesa de la sagrada Cena, se reparte entre los hermanos y demás participantes.

Así han de ser nuestras celebraciones: abiertas a todos. Pero, a lo que no podemos ni queremos renunciar es a la razón de ser de nuestra fiesta, a la memoria religiosa de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Nuestro modo, en cristiano, de celebrar la Semana Santa comienza con la lectura de los Santos Evangelios. Un libro lleno de imágenes y adornos, de perfumes e incienso, de música y de silencios. Todo ayuda para comprender, para que se abran los ojos y el corazón y así, para que leyendo de esta forma, "oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame" (*Dei Verbum I*).

Luego habrá que dejarse llevar por el gran deseo de Cristo que espera poder contar con nosotros estos días: ¡Cuánto he deseado celebrar con vosotros esta Pascua! El final no puede ser otro que el de la alegría de quien ha convertido su corazón y ha visto cómo se realizaba el silencio que expresaba en la plegaria, cuando, quizás hundido por el vacío y la tristeza que deja el pecado, suplicaba: ¡Devuélveme, Señor, la alegría de tu salvación!

La Semana Santa es una fiesta para compartir lo que se celebra con la autenticidad de la fe, viviendo las mejores y más queridas tradiciones, pero sabiendo muy bien que solamente unas verdaderas motivaciones religiosas son las que pueden dar autenticidad a unas manifestaciones exteriores que, de otra forma, quedarían en simples festejos culturales.

La Cofradía de Nuestro Padre Jesús Sacramentado y María Santísima de la Piedad, Amparo de los Leoneses, se fundara con el propósito de

“recuperar el perdido espíritu de sacrificio de las antiguas cofradías penitenciales”. Se trata de asumir los ricos valores, humanos y cristianos, de la piedad y de la religiosidad popular y, con la ayuda del Señor, y una auténtica y bien llevada pedagogía pastoral, transformar esos valores en actitudes y comportamientos testimoniales, individuales y colectivos, inequívocamente cristianos.

Juan Pablo II, en su visita al Santo Sepulcro, dio la clave y el modo de celebrar la Semana Santa: "La tumba está vacía. Es el silencioso testigo del acontecimiento central de la historia humana: la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Durante casi dos mil años esta tumba vacía ha atestado la victoria de la vida sobre la muerte. Con los Apóstoles y los Evangelistas, con la Iglesia de todo tiempo y lugar, también nosotros proclamamos: Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él" (*Homilía. Basílica del Santo Sepulcro. Jerusalén 26-3-2000*).

Las bienaventuranzas son la mejor expresión del camino de la felicidad cristiana. ¡Dicho quien sigue a Cristo por este camino! La Cofradía del Santo Cristo de la Bienaventuranza quiere presentárselo a todos. A nadie excluimos, todos sean bienvenidos a esta gran mesa de la Pascua de Cristo, pues en ella hay lugar para unos y para otros. A lo que no podemos ni queremos renunciar es a la razón de ser de nuestra fiesta, a la memoria religiosa de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

El reconocimiento de la libertad religiosa lleva consigo el tener las suficientes garantías para que las comunidades religiosas puedan tomar iniciativas y trabajar, en igualdad de derechos con todos los demás ciudadanos, en cualquiera de los ámbitos sociales, particularmente el de la educación y el de la caridad fraterna.

No es suficiente, en forma alguna, una mera declaración de intenciones, en un sentido muy general, de libertad religiosa, sino que debe reconocerse de una manera explícita y ofrecer las garantías necesarias para poder practicarla con libertad. Por eso, resulta inconcebible como dijo Benedicto XVI en la Asamblea de las Naciones Unidas, que los creyentes tengan, poco menos que ocultar su fe para ser ciudadanos

de pleno derecho. Tampoco, "se puede limitar la plena garantía de la libertad religiosa al libre ejercicio del culto, sino quiere tener en la debida consideración la dimensión pública de la religión y por tanto, la posibilidad de que los creyentes contribuyan a la construcción del orden social".

La Semana Santa es tiempo para la memoria de los misterios de Cristo. Entrar con Él en Jerusalén y sentarse a la mesa de la Eucaristía el Jueves Santo. Estar en el calvario y ver la cruz. Permanecer en vigilia junto al sepulcro para aguardar la aurora de la resurrección. Todo lo que ha sucedido se vive en la fe. La pascua es presencia viva del Señor resucitado. El hombre que vive de la fe, espera que esa pascua definitiva se realice en un tiempo donde ya no habrá semana santa, porque todos los días serán pascua definitiva de resurrección.

Muchas son las tradiciones, los ritos, las insignias y emblemas... Y las músicas y melodías. Aunque ninguna más apreciada en León que la del *rarsear*. Maravillosa y especial sinfonía interpretada por ese conjunto de expertos profesores que son los braceros, y que acompaña el transitar de las imágenes por las calles de León.

Hay muchas razones para vivir la Semana Santa. Entre las primeras y más fundadas, y siempre imprescindibles, están las religiosas, las de la fe. Adentrarse en el misterio y vivirlo. No como ensoñación y escape a la esfera de lo incomprensible, sino como vivencia profunda y convenida de que lo misterioso no es oscuro, sino grande; no tanto inaccesible cuanto inabarcable. En las celebraciones de Semana Santa hay un lenguaje, liturgia y ritos, que acerca a los contenidos de la fe. Con ese acompañamiento de la creencia se explican tantas cosas que, de otra forma, no tendrían razón alguna de existencia. Para el creyente, para el cristiano, la Semana Santa es memoria del gran acontecimiento redentor obrado por nuestro Señor Jesucristo.

La Cofradía de Nuestro Señor Jesús de la Redención enseña a comprenderlo. Fueron jóvenes y universitarios los que pusieron en marcha esta Cofradía. Y lo hicieron con el propósito de rescatar las mejores tradiciones de la semana Santa leonesa. Quisieron aprender en lo mejor del pasado para saber caminar hacia el futuro con esperanza.

Estos días son tiempo de gracia. De buen espíritu cristiano. De una catequesis pública de lo que son los misterios de la redención. Así es como entendemos y vivimos la Semana Santa: como la celebración del misterio pascual, de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

El amor puede realizar estos milagros. Los mismos que tú desearías poder hacer para rescatar a los tuyos de los espacios oscuros de la enfermedad, del sufrimiento, del dolor y de la misma muerte. Cristo pudo hacerlo y lo hizo. Por nuestra parte, lo único que queda es llegar confiados a la bondad de Dios. Los días de Semana Santa nos ayudarán en este santo acercamiento.

Cuando los cristianos celebran la Semana Santa, no tienen otra intención que la de vivir intensamente el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, metiéndonos en las hendiduras del Señor paciente, como escriben los místicos, y sentir de cerca los latidos del inmenso amor del corazón del Padre que envía a su Hijo a saldar la deuda que por el pecado habíamos contraído.

Todos los días de la Semana Santa son como una gran catequesis con la que se hace resonar el misterio de Cristo en sus momentos más significativos, en los que lo humano y lo divino resplandecen de una manera admirable. Son los misterios de la salvación en los que Cristo, Redentor y Triunfador de la muerte, ofrece la profecía de su propia vida, muerte y resurrección como anuncio y promesa para todo aquel que quiera seguir el camino de la cruz.

La Cofradía de más reciente fundación es la del Cristo del Gran Poder. Sale desde la parroquia de San Lorenzo, indicando que lo que ha realizado en el templo, lo manifiesta en la calle. Se abren los portones del templo y el hermano acompaña a las imágenes de sus queridos Titulares, con devoción y no pocas lágrimas veladas por el antifaz, hasta la Catedral. Ésta es la señal: caminar por este mundo con Cristo y su Santísima Madre la Virgen María y hacerlo con la Iglesia y en la Iglesia. La estación en la Catedral es una clara señal de esa identidad cristiana y eclesial.

Las señas de identidad, de esta y de todas las cofradías no son otras que la de ofrecer un culto auténtico a la Pasión del Señor, practicar la caridad y ofrecer un inequívoco testimonio cristiano. El contenido espiritual y humano de todos estos actos no puede ser más profundo y significativo de una fe personal y de unos valores sociales y comunitarios admirables y compartidos. Las expresiones quieren hacernos ver la hondura del misterio. Lo hacen con formas de singular hermosura: imágenes, insignias, música... Pero todo, tan bello y cuidado, queda como en penumbra para que resplandezca el rostro del Señor, muerto y resucitado.

La Semana Santa es memoria de esa redención de Jesucristo. Apoteosis de la cruz, que no es apología del dolor, de la pena, de las lágrimas. Es exaltación del amor. Estación penitente en ese discurrir de todos los días de la existencia. Pero la estación, en el recuerdo cristiano, es tránsito, llegada, oración y continuar el camino. Gozo de haber alcanzado una meta y principio de un nuevo caminar.

Escenario, imágenes y vivencia cristiana

Cascalería, Plaza de San Marcelo, Cadórniga, Zapaterías, Pontón, Cuesta de las Carbajalas, Arco de Ánimas, Puerta del Perdón, Cardiles... Cada uno de los momentos de este escenario, tan recordado y vivo en la memoria de los leoneses, llega henchido de recuerdos y vivencias inolvidables, provocados por esa imágenes que han quedado gravadas para siempre en el hondón de la vida de las gentes de esta ciudad.

La Cofradía del Santo Cristo del Desenclavo, en alguna manera, une la tradición antigua del piadoso acto del Desenclavo, con lo nuevo de sus años de fundación. ¿Cómo vive León esta relación entre lo antiguo y lo más nuevo? Es un tanto difícil el contestar adecuadamente a esta pregunta. Porque León no es sólo una ciudad, un espacio y unas gentes. León es una rica historia con acontecimientos importantes, una cultura milenaria, un pasado que perdura. Son unos hombres y unas mujeres de hoy y con una ineludible vocación de futuro.

Siendo tan diferente y valiosa la historia y la cultura de esta ciudad, podemos decir que la Semana Santa se vive y celebra, como no podía

ser de otro modo, con un profundo sentido religioso. Todo lo que estos días se contempla en los templos y por las calles no son más que expresiones del gran misterio de la redención: la muerte, pasión, y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Las manifestaciones son hermosas, variadas, peculiares, sentidas, pero siempre reflejando la hondura de una fe en Cristo, el Salvador del mundo.

¿Cómo no recordar las Procesión de las Palmas en Calle Ancha o el Encuentro en el pórtico de la Catedral? ¿Cómo no sentir estremecimiento viendo frente a frente al penado y al Cristo del Perdón? ¿Cómo no “oír” el impresionante silencio con el Cristo de la Expiración “hablando” en San Francisco? ¿Cómo poder olvidar la Procesión de los Pasos en la Cuesta de las Carbajalas o el Santo Entierro saliendo de la Iglesia de Santa Nonia?

Después de haber contemplado tanta belleza y armonía, arte tan depurado e imágenes de tanta devoción y sentimiento, viene a interrogarse, nuestro ilustre visitante, acerca de lo que le resulta un tanto inexplicable. ¿Por qué estos desfiles procesionales? ¿Por qué estas multitudes atentas, sorprendidas y emocionadas? ¿Por qué la sobriedad y lo austero? ¿Por qué este silencio que sobrecoge? ¿Por qué esta devoción profunda, religiosa y cristiana? ¿Por qué “hablan” las imágenes? ¿Por qué esas cofradías y hermandades? ¿Por qué este pueblo vive con tanta religiosidad misterios inimaginables?

Y a todas y cada una de esas preguntas, quiere responder, y debe dar razón este legionense que vive, de una manera tan apasionada, la Semana Santa de su ciudad. Y lo hace hablando, con unción casi religiosa, de los que pueden ser como los “signos sacramentales” de la Semana Santa leonesa: sobria y elegante austeridad, silencio elocuente, devoción auténtica, imágenes vivas, Cofradías y Hermandades, la religión del pueblo, la tradición...

Las primeras Cofradías se fundaron de una manera sencilla para adorar la Vera Cruz y cuanto en ella se significa. Todo era austeridad. La historia de la Real Cofradía del Santísimo Sacramento de Minerva y la Santa Vera Cruz, así lo atestigua. El tiempo pasa, pero la cruz permanece. En torno a esa cruz de Cristo celebramos la Semana Santa.

Cuando, en no pocos ambientes, se palpa una especie de extraño rubor en hacer referencia a lo religioso y se buscan "alternativas culturales" para soslayar el nombre de Dios, en León hombres y mujeres salen a la calle y hacen su recorrido penitencial acompañando a las imágenes del Señor y de María Santísima. Siempre precede la cruz. La cruz de guía. Pues nada tendría sentido ni razón si no estuviera iluminado por esa cruz que marca el camino y acompaña.

Desde la iglesia conventual de San Francisco, la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio irá pregonando, con esta particular elocuencia, la fe en Dios Padre que ha habado en su Hijo Jesucristo. Ese espacio sobrecogedor y maravilloso del recorrido penitencial hay que llenarlo de silencio. Es algo imprescindible. Pues es el camino para introducirse en la oración reflexiva, en la meditación. Sin el silencio no se puede abrir ni el corazón ni los oídos a la voz, a la Palabra de Dios. En el silencio no sólo se escucha a Dios, sino que Dios nos escucha a nosotros. Como Dios habla "quedo", sólo en el silencio se puede oír.

Una Hermandad joven, la de Jesús Divino Obrero, pero demostrando madurez en el barrio del nuevo León y sabiendo dar un claro testimonio de inseparable unidad entre la devoción y la caridad fraterna. La devoción es vivencia de la fe. Sin fe, los sacramentos acaban en el ritualismo, la caridad está muerta y la misión resulta un trabajo estéril. Sin el sacramento, la fe se convierte en ideología, la caridad acaba en evasimismo y la misión no evangeliza. Sin el amor de Cristo que se entrega, la caridad es altruismo y simple cooperación, la misión un fraude y la comunidad eclesial un antisigno. Pero con la firme adhesión a la palabra de Dios y la gracia de la fe, la devoción es señal de la actualidad perenne del misterio pascual.

Numerosas son las imágenes que acompañan a la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno en la "Procesión de los Pasos". Fe tallada en la madera, se dijo. Dios habla también en esas imágenes religiosas, que ayudan a oír la voz de quien es la Palabra. Si quieres llegar al sublime conocimiento de Cristo y no anteponer nada a su amor; si quieres encontrar ese deseado camino de una renovación que llene de esperanza y de alegría la incondicional entrega a Dios que debe tener la persona au-

ténticamente cristiana; si pretendes que la eficacia evangélica esté garantizada en el ejercicio de la misión que se te confía; si deseas tener siempre a tu lado una norma y criterio de pensamiento y de conducta; si se busca con sinceridad el retorno al Evangelio y el conocimiento de los más fieles manantiales; si se pretende entusiasmar a otros para seguir el camino de la vida cristiana... ¿Qué se ha de hacer? ¿Dónde está la respuesta a estos sinceros deseos de una vida plenamente realizada? La contestación no puede ser más precisa y adecuada: ¡En la Palabra de Dios!

La Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad cuenta su historia por siglos. En algún modo puede considerarse como pionera en los que se llamarían los “montes de piedad”, por haber establecido unos préstamos para las familias sin recursos. Muchas cosas han cambiado. Las Cofradías siempre han tenido entre sus fines la práctica de la caridad.

La Semana Santa, y las celebraciones populares en general, deben soportar ese incontenible alud consumista, bien orquestado por la publicidad, al que poco o nada interesa el contenido religioso. La Navidad se ha convertido en "las fiestas", la Semana Santa en un capítulo de los fastos "de primavera", las “vacaciones entre trimestres”, unos puntos de apoyo para "puentes" y vacaciones...

Las Cofradías han de esforzarse en el laudable empeño de dar, con sus manifestaciones religiosas a lo largo del año, un testimonio público de fe. Especialmente en Semana Santa, donde todo queda envuelto en una belleza ciertamente singular, pero donde resplandece un auténtico sentido de fe cristiana. Pues León sabe muy bien distinguir entre lo que se celebra como fiesta y lo que significa el compromiso personal y social con la fe. Son días de reconciliación y de caridad fraterna.

Unos pocos hermanos la comenzaron. Hoy se cuentan por miles. ¿Dónde está el secreto de la Cofradía de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz y en el de todas las Cofradías? En la piedad del pueblo, en la religiosidad popular. Se trata de asumir los ricos valores, humanos y cristianos de esa religiosidad popular y, con la ayuda del Señor, y una auténtica y bien llevada pedagogía pastoral, transformar esos valores en actitudes y comportamientos testimoniales, individuales y colectivos, inequívocamente cristianos.

No puede olvidarse el peligro de desvirtualización de lo religioso y popular, reduciéndolo todo a un mero culturalismo o a expresiones sin más sentido que el de la repetición de antiguas tradiciones, concentraciones festivas o gratos encuentros poco menos que rituales.

Si de religiosidad popular queremos hablar, resulta imprescindible acercarse a esa celebración tan singular como es la Semana Santa. Unos días que marcan, para muchos cristianos, la permanencia de sus creencias religiosas vividas junto a su pueblo, a su familia.

Con toda la importancia que se le quiera dar desde la vertiente social y los valores culturales de unas tradiciones incuestionables, todo ello, despojado de las profundidades del misterio que se representa, se reduciría a un montón de sentimientos difíciles de encuadrar.

Se habla de muerte y de vida: Cofradía del Santo Sepulcro Esperanza de la Vida. Suelen buscarse muchas explicaciones a esta relación muerte-vida. Casi todas acaban sin conclusión alguna. Es que la Semana Santa de León está tan colmada de vida que se resiste a cualquier encaillamiento de tópicos repetidos. La Semana Santa es la gran celebración del pueblo que vive en esta privilegiada Ciudad. El lenguaje austero puede confundir al visitante, que se queda en la superficie de la apariencia y no se mete en las honduras de la imagen. Todo toma sentido y medida en aquello que no puede percibirse si uno no se mete en el alma de la fe que anima a cuanto se ve y toca en estos días grandes del calendario leonés. Entre las oraciones de la Iglesia, hay una particularmente querida: ¡Cuya fe, Señor, sólo tú conoces! Las apariencias pueden engañar, pero detrás de lo que usted está viendo hay mucho de Dios. Cada uno lo hará a su modo, pero todos rezan.

Son nuestros días más grandes, la Redención y la Pascua, la entrega de Cristo en la cruz y la resurrección gloriosa. Algo santo y querido para los cristianos. Lo celebramos en acciones litúrgicas, que son actualización intemporal de lo que hiciera Cristo, y lo llevamos a las calles en formas y representaciones distintas, para significar que lo que hacemos en el altar es lo que deseamos vivir cada día en la convivencia social.

Los que lleguéis a León en Semana Santa, no pretendáis ver otra cosa que la celebración, en muchas y hermosas maneras, del misterio

redentor de Cristo, que se hace oír, ver y sentir a través de expresiones propias de la cultura y la tradición leonesa. Éste es el maravilloso encantamiento de la religiosidad popular, que hace vivir lo más profundo de la fe con lo que el pueblo siente y quiere, con su música y su lenguaje, con su historia y manera artística de contarla.

Así es la Semana Santa. Así es como quiere celebrarla la Iglesia y la ciudad de León. Así es como se vive en la Iglesia Católica, universal y presente en todos los pueblos, pero siempre unida en la Palabra y en las acciones sacramentales de Cristo. El Evangelio llegó al pueblo y se metió en su idiosincrasia y forma de ser y fue creando una incuestionable cultura cristiana. Sin acercarse a ese Evangelio, ni se comprende la cultura, ni la historia, ni esa forma peculiar de vivir cada pueblo sus convicciones más sinceras y profundas.

El camino de la felicidad es el de las bienaventuranzas. Así lo entiende la Cofradía del Santo Cristo de la Bienaventuranza. Son tantos y tan diversos y tan profundos los sentimientos que se desatan en estos días de la Semana Santa leonesa, que no es posible ni valorar en toda su amplitud, ni discernir las complejas motivaciones que los provocan. Rompen todas las lógicas al uso, al mismo tiempo que guardan una estricta disciplina en una tradición que se renueva y rejuvenece en cada edición de estos inigualables días de la original Pascua leonesa.

Si tuviéramos que buscar fundamentos y motivos para la ininterrumpida repetición de las fiestas santas, más allá de tantas circunstancias cambiantes, no cabe duda que nos encontraríamos con las raíces bien metidas en la tierra de unos grandes valores: la religión, la familia y el pueblo. Éstas son algunas de las bienaventuranzas de la Semana Santa leonesa.

Ésta es la tradición que se mantiene viva en la Semana Santa de León. Donde todo tiene su explicación y razonamiento. En León se escucha con el silencio, se ve con los sentimientos, se toca con la mirada, se gusta y saborea con el recuerdo.

En León, lo que se ve y se hace por la calle, es lo que esta comunidad cristiana ha celebrado en el altar, y el conjunto religioso popular es como esa maravillosa Catedral de las innumerables vidrieras de mil

colores, que deja pasar la luz y la llena de hermosura para que se refleje en la vida el rostro único del Señor Jesucristo.

Dos Cofradías formadas íntegramente por mujeres: la de la Agonía de Nuestro Señor y la de María del Dulce Nombre. En Semana Santa, y en este espacio envolvente de música, imágenes, amores y súplica, se realiza una particular y ascendente transición. Al escuchar marchas y cánticos, del oído se llega al interior de cada uno y se recuerdan vivos sentimientos. Junto a unas imágenes muy queridas, aparecen las personas que te enseñaron a venerarlas. Entre esas personas, y en el primer lugar está tu madre. Y la madre siempre asociada y unida a la Virgen, María del Dulce Nombre. León acompaña a la Santísima Virgen María, engalana a sus imágenes, las cubre de luces y de flores y, en medio de las lágrimas, se contempla el amor de una Madre que acompaña a su Hijo en el sufrimiento y en la seguridad de que tanto dolor servirá de beneficio para todos los hijos que van a recibir el fruto de la Redención.

Siempre el misterio de Cristo es la fuente y el cimiento. Y León pone sus señas de identidad en la manera de celebrarlo en Semana Santa, con una sobria y elegante austeridad, con un silencio elocuente, con una devoción auténtica, con imágenes vivas, con Cofradías y Hermandades, con la religión del pueblo, con la guarda y custodia de las, mejores tradiciones...

Un nuevo capítulo de etimologías

Después de tan admirable recorrido, y casi al final de todo, pregunta el noble señor al que ha sido tan buen acompañante y entendido cicerone:

- ¿Cómo te llamas? Y responde el comentador leonés: me llamo Papón y soy cofrade. Soy un hombre de fe que quiere vivirla en unión con sus hermanos. No hay dicotomía ni falsos distingos. Se acude a la Hermandad porque se tiene fe y porque se desea fortalecerla y compartirla con los demás. No hay una fe cristiana y una fe cofrade. Sino una fe en Dios que se vive y se expresa en el lenguaje, en la cultura de los pueblos y de los hombres.

La Cofradía siente con el pueblo, está unida a él. No sólo no renuncia a la cultura, al modo de hacer, a la vida de las gentes, sino que lo asume y hace que, en todas las expresiones religiosas de la Cofradía, se esté hablando con un lenguaje que el pueblo pueda comprender sin dificultad alguna, y reconocerse en él como algo propio. Tradiciones y costumbres, modos de hacer, sentimientos y emociones, no sólo son compatibles con una fe auténtica, sino que son algo necesario para comprender y vivir los misterios religiosos. La fe no destruye lo humano, la cultura, el modo de hacer, sino que da dimensión de trascendencia a todo eso. Fe y cultura no se confunden, pero se ayudan. Por la fe, toma una vida distinta la simple expresión cultural. En lo humano, la fe encuentra buenos caminos para hablar del misterio de Dios. Que la Cofradía, en fin, no es una simple asociación de personas para conseguir unos objetivos más o menos inmediatos. Es una forma de vivir en cristiano, de seguir a Jesucristo, de estar en la Iglesia, de caminar como ciudadanos de este mundo, de sentir el calor de la propia familia.

- Y a vuestra merced, se atreve a preguntar Papón, ¿cómo se le ha de llamar?

- Soy Isidoro, y llego de Cartagena y de Sevilla. He venido de muy lejos y como peregrino. Pero llegado a León, he pedido al Señor la gracia de quedarme aquí para siempre.

Entonces, Isidoro y Papón se fueron a ver el lugar para el sepulcro. Y lo encontraron en el Monasterio de San Juan Bautista.

Una vez asentado en tan santo lugar, le dice Isidoro a Papón:

- Después de nuestra conversación y de cuanto hemos visto, tendré que añadir un nuevo capítulo al libro de las *Etimologías*. Pondré, en renglones únicos y en letras de oro, el nombre de una ciudad donde la Semana Santa es Catedral inmensa, llena de hermosa claridad y de mil colores vestida: es la luz del Verbo de Dios. Es la ciudad donde la Semana Santa realiza el milagro de hacer que el misterio inconmensurable de la Redención lo pueda entender y vivir el pueblo en la guarda de sus mejores tradiciones.

Y ya, en el libro de unas imaginarias etimologías, figurará para siempre, y escrito con letras llenas de fe, lo que Isidoro y Papón vivie-

ron una Semana Santa. Y en León. Unieron lo de ayer con el presente, pero sin nostalgia. Pensaron en el futuro, pero sin temor, porque el brazo de Dios es siempre el que sostiene nuestras andaduras por este mundo.

Después, el Santo y el Cofrade, San Isidoro y Papón, unidos más por el corazón que por el brazo, se fueron juntos hasta la antigua calle de la Frenería, para ver salir, desde la iglesia de Nuestra Señora del Mercado y del Camino “La Antigua” de León, a la “Morenica del Mercado”, la Virgen de los Dolores.

Pregoneros de la Semana Santa Leonesa

- 1970 – Luis Alonso Luengo.
- 1971 – Antonio Briva Miravent.
- 1972 – Ciriaco Pérez Bustamante.
- 1973 – Luis María de Larrea y Legarreta.
- 1974 – Ángel González Álvarez.
- 1975 – Millán Bravo Lozano.
- 1976 – José Anta Jares.
- 1977 – José María Suárez González.
- 1978 – Fernando Salgado Gómez.
- 1979 – Antonio Viñayo González.
- 1980 – Alfonso Prieto Prieto.
- 1981 – Fernando Sebastián Aguilar.
- 1982 – Manuel Núñez Pérez.
- 1983 – Juan Morano Masa.
- 1984 – Juan Carlos Villacorta Luis.
- 1985 – Lorenzo López Sancho.
- 1986 – Fernando Onega.
- 1987 – Eduardo T. Gil del Muro.
- 1988 – Gregorio Peces Barba.
- 1989 – Jesús Torbado.
- 1990 – Jesús María Javier Ortás.
- 1991 – Antonio Viñayo González.
- 1992 – Arsenio Lope Huerta.

- 1993 – Luis Pastrana Giménez.
1994 – Victoriano Crémer Alonso.
1995 – Antonio Vilaplana Molina.
1996 – José Magín González Gullón.
1997 – Luis del Olmo Marote.
1998 – Fernando Llamazares Rodríguez.
1999 – Antonio Trobajo Díaz.
2000 – Antonio Vilaplana Molina.
2001 – Francisco Javier Martínez Fernández.
2002 – Javier Caballero Chica.
2003 – Domingo Montero Carrión.
2004 – Inés Prada Martínez.
2005 – Felipe Fernández Ramos.
2006 – Nicolás Miñambres.
2007 – Bernardo Velado Graña.
2008 – Máximo Cayón Diéguez.
2009 – José-Román Flecha Andrés.
2010 – Jorge Revenga Sánchez.

